

obtiene en Roma los aplausos de la muchedumbre, florecen en aquella metrópoli y aun en la misma España otros poetas nacionales, cuyas obras no han llegado á la posteridad, ya porque no alcanzasen tan alta estima como M. Valerio, ya porque no tuvieran la suerte de visitar la corte, que llamaba á sí todas las celebridades del mundo. Es notable sin embargo entre los primeros el andaluz Cayo Canio Rufo, quien segun consta de su epitáfio, publicado por Ambrosio de Morales, copiado por Jano Grutero (*Thesaurus veterum scriptorum*) é inserto en sus Bibliotecas por don Nicolás Antonio y Rodriguez de Castro, vivió en Roma, con su mujer Theophila, diez y seis años, siendo universalmente estimado por su natural gracejo y travesura, que contrastaba con la erudicion y juicio de su esposa. De este poeta, á quien amaba sobremanera Marcial, hace especialísima mencion en diferentes epigramas, citados todos por don Nicolás Antonio (*Biblioth. Vet.*, lib. I, cap. XIII), manifestando no poco sentimiento de que no se dedicase á escribir lo que componia, ni pensara en una obra de importancia. Igual distincion debieron á M. Valerio Deciano, tierno amigo suyo, natural de Mérida, Liciniano y Marco Único, sus paisanos, quienes tal vez por no abandonar su patria, renunciaron al lauro que les brindaba sin duda la capital del mundo, propicia á los ingenios españoles. Marcial no vacila en poner á sus compatriotas al lado de los más famosos poetas de la antigüedad, cuando en el epigrama LXII del libro I, mencionados Virgilio, Livio, Horacio, Apollodoro, Ovidio y los dos Sénecas, decia:

Gaudet iocosae Canio suo Gades,
Emerita Deciano meo.
Te, Liciniane, gloriabitur nostra
. Bilbilis.

El epigrama XLIV del libro XII está dedicado á Único, de quien se confiesa pariente y á quien iguala á otro hermano suyo, exímio en el arte de la poesía. Valerio se dirige finalmente en el epigrama XXXVII del libro X á un tal Materno, español como él, y distinguido en el cultivo de las letras. Para mayor ilustracion de estas memorias, remitimos á nuestros lectores á las *Bibliotecas* de don Nicolás Antonio y Rodriguez de Castro, donde se halla recogido cuanto se ha conjeturado acerca de estos ingenios. Tambien menciona don Nicolás Antonio á Herenio Senecion, natural de la Bética, donde ejerció la *Questura* (segun refiere Plinio, escribiendo á Tácito), señalándole como autor de los *Comentarios de Helvidio Prisco*, libro que le costó la vida por decreto de Domiciano, y que fué quemado públicamente, con general sentimiento de los doctos, como asegura el mismo Cornelio Tácito, cuya autoridad es digna de todo respeto (*Hist.*, lib. IV, cap. V).

CAPITULO IV.

POETAS Y ESCRITORES DEL IMPERIO.

MELA.—ITÁLICO.—QUINTILIANO.—FLORO, etc.

Reaccion literaria.—Imitacion de los antiguos modelos.—Ingenios españoles que siguen este movimiento.—Pomponio Mela.—Su obra *De situ orbis*.—Junio Moderato Columela.—Su obra *De Re Rustica*:—exámen del libro X, *De cultu hortorum*.—Paralelo entre Columela y Rioja.—C. Silio Itálico: su educacion literaria.—Su poema *Bella punica*. Carácter de esta obra.—La reaccion literaria encuentra intérpretes en el terreno de las teorías.—Marco Fabio Quintiliano: su magisterio.—Su obra *De Institutione oratoria*. Quintiliano, considerado como crítico literario.—Reaccion de la literatura griega y su influencia en la latina.—Marco Anneo Floro.—Su *Epitome Rerum Romanarum*.—C. Voconio y Antonio Juliano.—Principales caracteres del ingenio español bajo la Roma gentilica.

Hay en la historia de las letras y de las artes, como en la historia política, momentos de reaccion, en que aspiran los ingenios á conservar y defender sus antiguas conquistas, las cuales ven acaso desaparecer como un bien apenas gozado. Pero este esfuerzo, alentado siempre por el respeto que inspira la gloria de los grandes maestros, ni produce el fruto apetecido, ni es tampoco el medio eficaz de llegar al término propuesto. En medio

de las turbulencias que agitan la sociedad, en el conflicto de las nuevas ideas que se disputan el triunfo decisivo de lo porvenir, desautorizadas ya las doctrinas de otros tiempos, imposible es de todo punto que satisfaga la imitación de las obras tenidas por acabados modelos la ansiedad de todos los ánimos, alterados por los frecuentes vaivenes de la política, siendo por tanto insuficiente para restablecer el empañado brillo de las letras. Y toma esta observación mayor consistencia, cuando se considera que han comenzado á flaquear los cimientos de la sociedad, corrompidas á un tiempo las costumbres públicas y privadas, enflaquecido el sentimiento patriótico y quebrantadas ó próximas á su total ruina las creencias religiosas. Mas si despues de esta natural contradicción que ha de tener en tal momento la imitación de los grandes modelos, reparamos en que son estos hijos de otra imitación, más ó menos autorizada ú oportuna, fácilmente se comprenderá que ha de fracasar toda empresa encaminada á dicho objeto. Aquella forma aprendida, si ha sido bastante á deleitar á los eruditos, reflejando alguna vez los afectos de la muchedumbre, no alcanza ya á expresar las nuevas ideas; y como extraña, si no contraria á la literatura nacional, no le es dado modular los últimos gemidos del pueblo, á quien no ha adormecido en la cuna.

No en otra situación aparecen los poetas y escritores del Imperio que brillan despues de los Sénecas. Presintiendo Ciceron la inminente caída de la tribuna, habia procurado consignar de una manera inequívoca los principios fundamentales de la elocuencia en sus aplaudidos tratados *De Oratore*, *Brutus* y *Orator*. Descubriendo sin duda Horacio el gérmen de la decadencia en las obras de los mismos ingenios, que bajo los auspicios de Augusto levantaron á su mayor altura las artes y las letras, habia procurado compendiar en su celebrísima *Epistola ad Pissones* las leyes del arte homérico. Pero á pesar de los esfuerzos de Marco Tulio y de Horacio, cayó la elocuencia romana con la libertad de la República, y se abismó la poesía, combatido al propio tiempo el buen gusto por las convulsiones del Imperio y por la corrupción de las costumbres. Ni la doctrina de Ciceron alcanzó á libertar la elocuencia de la plaga de los declamadores y retóricos, ni los preceptes del cantor venusino fueron valladar poderoso á refrenar,

ya alteradas las tradiciones homéricas y menospreciado el principio de la imitación, el genio altivo é independiente de los Sénecas.—Y sin embargo es verdaderamente notable y digno de estudio el empeño que ponen la mayor parte de los poetas que les suceden, en restaurar aquel arte, tomando por guía única los antiguos escritores. Esta reacción literaria, entre cuyos primeros promovedores puede contarse el español Marco Valerio Marcial, ya examinado, llega hasta el punto de caracterizar á los poetas y escritores gentiles del siglo II de la Iglesia, siendo en sumo grado sensible bajo el imperio y por iniciativa de Adriano ¹.

Distinguíronse tambien otros ingenios españoles en tan meritoria como improba y poco fecunda empresa: ya tomando ejemplo en Marco Tulio, ya procurando seguir las huellas de Virgilio, florecen en aquella edad poetas y oradores, nacidos en el suelo de Iberia y más adictos quizá que los de otros pueblos á la imitación, proclamada como el medio más expedito de restituir á la literatura y lengua latinas su majestuosa sencillez y pureza. Celebrados son en la historia del mundo antiguo los nombres de Columela y de Quintiliano, de Silio Itálico y de Pomponio Mela: unos y otros se distinguieron como partidarios de los oradores y poetas del siglo de oro, y procurando contribuir generosamente á la restauración de las letras latinas, adoptaron la imitación cual medio más seguro de conseguirlo.

Contraste singular por cierto el que presentaban estos escritores con la impaciente libertad de los Sénecas, sus compatriotas! Pomponio y Columela florecen, como ellos, á fines del primer siglo de la Iglesia: presencian, como ellos, la lucha entablada ya entre el caduco politeísmo y la salvadora doctrina del Crucificado: conocen las persecuciones ejercidas en los cristianos y encuentran en todas partes la vacilación y la duda. Y sin embargo, fijando la vista en los pasados tiempos, consagran su inteligencia y su inge-

¹ Sub Alexandro militabant plurimi: sub Augusto nemo non cudebat carmen: Neronis tempore multi per urbem cantores, histriones, phonasci, multi magi. Adrianus omnes faciebat observatores veterum scriptorum (Vives, *De corruptione artium*, lib. I).

nio á la imitacion de un arte deshermanado ya con la sociedad y vencido por la indómita musa de Lucano.

Mas no intentaba Pomponio seguir el ejemplo de los grandes poetas de Augusto: dedicado al estudio de la geografia, ciencia que llegó á tomar extremada importancia en el Imperio, tanto por la extension de las provincias como por la necesidad de conocerlas, creyó pagar á la patria comun verdadero tributo, dando á luz un libro capaz de ilustrar á los gobernadores y capitanes, á quienes habian de ser aquellas encomendadas. Tan útil pensamiento, abrigado primero por Marco Tulio y en parte realizado luego por Estrabon ¹, le indujo pues á escribir su preciosa obra «*De Situ Orbis*,» resumen de otra más lata que pensó componer sobre la misma materia. «En otra ocasion (decia en el »proemio) hablaré de ella más largamente y más de propósito: »ahora trato con brevedad las cosas más notables ².» Dividió con este intento su obra en tres libros: describe el primero el Asia, la Europa y el África en general, dando particular noticia de Mauritania, Numidia, África menor, Cyrenáica, Egipto, Arabia, Siria, Fenicia, Cilicia, Caria, Jonia, Eolide, Bitinia, Pafaglonia y los Calibes: trata el segundo de la Escitia europea, Tracia, Macedonia, Grecia, el Peloponeso, el Epiro, la Iliria, Italia, Galia Narbonense, costas ibéricas é islas del Mediterráneo: prosigue el tercero la descripcion de las costas oceánicas de Iberia y de las Galias, y recorre finalmente la Germania, Sarmacia, Escitia asiática, Mar Caspio, islas de España y del Septentrion, la India, el Mar Rojo, el Seno pérsico, el Seno arábigo, la Ethiopia, las costas del Atlántico y sus islas. Tal es en suma la extension que dió Pomponio Mela á su tratado, bastando para reconocer su mérito científico el recordar aquí que ha merecido en todas edades el unánime aplauso de los sabios.

Pero si bajo tan elevado aspecto es celebrado el nombre de es-

¹ Recuérdese, segun oportunamente advertimos (cap. II, pág. 83), que Lucio Ánneo Séneca escribió tambien algun tratado *de Geographia*, prueba de que semejante pensamiento germinaba en los hombres más doctos desde los últimos días de la República.

² Dicam autem alias plura et exactius: nunc ut quaeque clarissima, et strictim (lib. I, *proh.*).

te ilustre español entre los eruditos, no lo es menos por la pulcritud y belleza de su estilo y por la pureza y elegancia de su lenguaje, no existiendo en su época escritor alguno que le aventajara en estas dotes. Y sin embargo, decia en el proemio arriba citado: «Acometo la empresa de escribir sobre la situacion del orbe, »obra árdua y nada capaz de elegancia en el estilo, porque casi toda ella se compone de nombres de pueblos y lugares en tan enredosa disposicion que el seguir su orden, materia es más prolija que gustosa ¹.» Pero á pesar de tan modesta confesion de Pomponio Mela, no han vacilado los críticos nacionales y extranjeros en tributarle señalados aplausos, ya resolviendo con Gaspar Barthio que «es elegantísimo y de ingenio grande y circunspecto» ², ya admirándose con Enrique Stéphano «tanto de »su gravedad como de la propiedad de su lenguaje y concision »maravillosa» ³. Sin duda debieron mover estas peregrinas virtudes la pluma de Andrés Escoto, cuando declara que desempeña Pomponio con tanta elegancia su objeto, que si Marco Tulio hubiese escrito de geografia, como tenia ofrecido á Ático, no hubiera podido excederle ⁴. Libro doctísimo apellidó tambien el sábio Arias Montano la obra de Mela, manifestando que por su elegancia, brevedad, claridad y abundancia de especies no debe posponerse á otra alguna de cualquier escritor, por elocuente y copioso que sea ⁵. Pero quien más se detuvo á caracterizarlo fué acaso el maestro Alfonso Garcia Matamoros, diciendo: «Suelo yo comparar

¹ Orbis situm dicere aggredior, impeditum opus, et facundiae minime capax (constat enim fere gentium locorumque nominibus, et eorum perplexo satis ordine, quem persequi, longa est magis quam benigna materia).

² *Adversaria*, lib. XIV, cap. XVII; lib. XV, cap. VI; lib. XVII, cap. XIV, etc.

³ Dionysii poematum commentarii: Eustachii interpretatio eiusdem poematis ad verbum ab Henrico Stephano scripta: necnon anotaciones Joannis Olivarii: In Etichum scholia Josiae Scinteri; In Solinum emendationes Martini Antonii del Rio (Paris, 1577, prohemio).

⁴ Andrés Scoto, Dedic. del *Itinerario de Antonino*, dirigida á Abraham Ortelio.

⁵ Introduccion á la *Trad. latin. del Itinerario de Benjamín de Tudela* (Obras de Arias Montano).

»á Pomponio Mela con los geógrafos más doctos, y no sin razón y »por ignorancia, sino para aplicar á Estrabon la erudicion, la »exactitud á Plinio y el arte á Ptolomeo. Y cuando le quiero alabar, le atribuyo gustoso las excelencias de todos los otros, y »siempre que le cito, recomiendo su concision y elegancia sobre »la de todos los demás, porque es escritor digno de contarse »entre los príncipes de los latinos y nada oscuro en su concision »prodigiosa ¹.»

Imposible es llevar á más alto punto los elogios con que la posteridad ha coronado los esfuerzos que Pomponio Mela, en medio de la corrupcion de las costumbres y de la decadencia de las letras, hizo por devolver á la lengua latina la antigua severidad y dulzura, tan ambicionadas despues por Quintiliano. Mas á pesar de haber logrado vencer este ilustre hijo de la Bética ² cuantas dificultades ofrecia en su tiempo la imitacion de los escritores de Augusto, llegando á ser comparado con el padre de la elocuencia latina, no ejerció ni pudo su libro ejercer en la república de las letras la influencia necesaria para apartarlas del abismo á donde caminaban.

No era la obra de Mela una de aquellas producciones destinadas á evocar los antiguos recuerdos de la Roma republicana, en-

¹ *De doctis Hispaniae viris atque eiusdem Academiis.*

² Grandes han sido las dudas suscitadas por los comentadores acerca de la patria de Pomponio Mela, y todavía andan indecisos sobre este punto. Todos convienen sin embargo en que fué andaluz, yendo algunos hasta suponerle de la familia de los Sénecas. La duda de los eruditos ha consistido en la leccion de estas palabras del mismo Mela: «In eoque Carteia, ut quidam putant, aliquando Tartessos, et quam transvecti ex Africa Phoenices habitant, atque unde nos sumus, Tingentera tum Mellaria et Bello» (lib. II, cap. VI). Así leen Gronovio y Meisnero: en otras muchas ediciones dice: «atque unde nos sumus, cingenteratum, Mellaria, etc. Esto ha dado motivo á que se interprete esa voz ó voces dudosas, escribiendo *cingenta freto, attingens freto, ex ea gente Tanger Iberia*, etc., aumentándose de este modo la dificultad del acierto (Vide *Bibliotheca Vetus* de don Nicolás Antonio, lib. I, cap. XI; *Biblioteca española* de Rodríguez de Castro, tomo I, págs. 97 y sigs.). En la edicion Tauchnitz leemos: «Sinus ultra est, in eoque Cartēia (ut quidam putant aliquando Tartessos), et quam trasvecti ex Africa Phoenices habitant, atque unde nos sumus, Tingentera. Tunc Mellaria, et Bello, et Besippo, etc.»

salzando la heróica austeridad y el patriotismo de los Manlios, Escévolas y Cincinatos: nó era tampoco una creacion, donde pintándose con vigoroso colorido la inquietud y vacilacion de aquella sociedad, que habia perdido ya la esperanza, se levantaba la bandera de una idea grande y fecunda, capaz de salvarla, redimiéndola de la servidumbre política y sirviéndole de faro en medio de la borrasca moral que por todas partes la combatia. El libro de Pomponio, si bien podia en parte satisfacer un sentimiento de estéril vanidad, recordando á los muelles romanos la multitud y extension de las naciones sujetas por la espada de sus padres, era la obra del escritor erudito, útil sólo á los que por mera curiosidad ó acaso por obligacion viajaban, y grata únicamente á los pocos que dedicados al estudio de los antiguos escritores, recordaban la limpia frase de aquellos, al recorrer los tersos y severos periodos de Pomponio.

Su obra ni podia en consecuencia despertar el amortiguado patriotismo, ni excitar pasiones nobles y generosas, ni lisonjear los instintos de un pueblo, á quien no era dado reconocer su mérito, porque carecia por una parte de conocimientos científicos, y no era por otra su educacion tan esmerada que pudiese apreciar las bellezas de estilo y de lenguaje. Así pues, aun reconocido hoy el mérito superior de la obra de Mela, aun concediéndole la gloria de haber emulado á los mismos modelos que imitaba, todavía será forzoso confesar que no fué su ejemplo de grande efecto en la suerte de las letras latinas, por la naturaleza misma de su libro, dado que hubiera podido la imitacion contener la inevitable ruina de aquellas. La obra de Pomponio, no tememos asegurarlo, ha sido más estimada y aplaudida de la posteridad que de sus mismos coetáneos ¹; debiendo en verdad considerarse como uno de

¹ Para prueba de esta verdad bastará apuntar aquí que sólo en el siglo XV y desde el año 1471 al 1499, se hicieron ocho ediciones del libro de Pomponio, anotadas y comentadas por los más ilustres latinistas de Italia, Francia y Alemania: innumerables son las que de los siguientes siglos han llegado á nuestras manos. Los lectores que desearan tener individuales noticias de ellas, podrán consultar oportunamente tanto las bibliotecas extranjeras como las españolas que llevamos citadas, no menos que las colecciones clásicas dadas á luz en nuestros días.

los monumentos más útiles é importantes para el estudio de la geografía comparada, base de toda tarea provechosa sobre la historia del antiguo mundo.

Mayor estimación alcanzó sin duda entre los eruditos de la Roma imperial el gaditano Columela ¹, quien admirando las obras del siglo de oro, según dejamos apuntado, se propuso también imitarlas. No es este el lugar de exponer el juicio que los más ilustres agrónomos han formado respecto del mérito de Columela, considerado bajo el aspecto científico: sobre reconocer la utilidad de su obra, en que recoge la doctrina de cuantos en esta materia le precedieron, no olvidada su propia experiencia ², y consignar su importancia, pues que tiene por objeto la agricultura en todas sus relaciones, apellidándose por tanto no sin razón con el título *De Re Rustica*, cúmplenos más principalmente examinarle como poeta, teniendo en cuenta la época en que florece y el intento que le guía.

Grande fama de versificador debía gozar entre sus amigos, cuando Junio Anneo Galion y Publio Silvino, satisfechos sin duda del éxito que habían obtenido los nueve primeros libros de su obra ³,

¹ Lucio Junio Moderato Columela nació en Cádiz por los años 750 de la fundación de Roma; pasó á esta capital en su juventud y contrajo amistad con los más distinguidos patricios y celebrados escritores (*De Re Rustica*, lib. I, cap. VII; lib. III, cap. III; lib. V, cap. I, y lib. IX, ad finem).

² No sólo apeló en efecto Moderato á la autoridad de los escritores que le habían precedido, sino que se confesó á menudo discípulo de su tío, Marco Columela, «labrador el más diligente é instruido de toda la provincia Bética, »y versadísimo en todo lo perteneciente á agricultura.» Ejercitado Lucio durante su juventud en el cultivo de los campos al lado de Marco, que era uno de los más poderosos propietarios de Cádiz, aumentó después sus conocimientos con los viajes que hizo á Siria y Cilicia, y ensayó en sus propias heredades cuanto había observado y aprendido. Su libro ofrece por tanto este doble interés bajo el aspecto de la ciencia agrícola, teniendo además no poca importancia histórica, pues que refleja cuanto se había escrito en la materia, ya adoptando lo útil, ya rechazando lo nocivo á la agricultura.

³ Debe tenerse en cuenta que Junio Moderato Columela había cedido á los ruegos de Marco Trebelio y del mismo Publio Silvino, al escribir en prosa los libros referidos. Estos debieron ser conocidos de los doctos mucho después del año 773 de Roma, en que muere el cónsul L. Volusio (Tácito, *Anales*, lib. III).

le invitaron con repetida instancia á que pusiera en verso el libro décimo, destinado á enseñar el cultivo de los huertos. Vencido Columela del frecuente y cariñoso ruego de sus amigos ⁴, desistió del propósito de escribir en prosa tan peregrino tratado, aspirando á llenar con poéticos números aquellos pasajes de las *Geórgicas*, que de intento dejó sin explicar Virgilio, para que la posteridad tuviese más alta prueba de su elevado ingenio. Ni dejó tampoco de manifestarle extremado el poeta gaditano, al llevar á cabo la empresa, en que le había empeñado el cariño de sus amigos. «Su *Huertecillo* (escribe uno de los más doctos críticos del siglo XVI) es un poema puro y bajo todas fases latino, nada hinchado, nada extraño; pero sí muy elegante por su natural hermosura, y libre de los afeites de las flores declamatorias, que son »la corrupción y el descrédito del lenguaje ².» Este juicio de Barthio, seguido por los comentadores, quienes han añadido que logró Columela, aun en aquella edad de corrupción, conservar el natural y verdadero carácter de la poesía latina, aparece plenamente confirmado, cuando se repara en la sencillez y pureza de su estilo y lenguaje y en la tersura y brillo de las formas poéticas por él empleadas.

Pero si no es lícito negar á Columela la gloria de haber ten-

del cual habla Columela como de persona antigua y por lejano recuerdo (lib. I, cap. VII).

¹ Al terminar el lib. IX escribía Lucio Junio: «Sed iam consummata disputatione de villaticis pecudibus atque pastionibus, quae nobis rusticarum rerum pars subest, de *Cultu hortorum*, Publi Silvine, deinceps ita, ut et tibi et Gallioni nostro complacuerat, in carmen conferemus.» De notar es que aplaudido por extremo el lib. X (*De Cultu Hortorum*), volvió á escribirlo en prosa para satisfacer los deseos de su amigo Claudio Augustal.—Al propósito leemos, al principio del libro XI: «Claudius Augustalis tam ingenuae naturae quam eruditionis adolescens complurium studiorum et praecipue agricolarum sermonibus instigatus extudit mihi, cultus hortorum prosa ut oratione componerem?»

² *Adversaria*, lib. XXXVII, cap. VII. El mismo Barthio, en sus *Anotaciones* de Estacio, le apellida repetidamente poeta elegantísimo, manifestando que es acreedor, por el *Huertecillo*, á que se le reconozca por «príncipe de la más acendrada poesía» (In *Theb.*, lib. VI y XI, vs. 24 y 213; In *Sylv.*, poem. IX, lib. IV, v. 42).

tado con notable éxito personal la restauracion del buen gusto, precisamente en los mismos momentos en que se olvidaban y quebrantaban todos sus fueros, justo parece tambien reconocer que no era la senda por él seguida la más propia para autorizar respecto de la muchedumbre sus generosos esfuerzos. Prescindiendo de que ya desde la antigüedad se creyó que era la obra de este ilustre gaditano «más acomodada para los entendidos que para los rudos é ignorantes»¹, debe observarse que su mismo propósito le desviaba naturalmente del término deseado. Confesaba Junio Moderato desde el proemio de su *Huertecillo*, que se proponia seguir las huellas del Mantuano, quien en el libro IV de las *Geórgicas*, recordando el apacible, aunque pobre, huerto del anciano Coricio, habia exclamado:

147. Verum haec ipse equidem, spatiis exclusus iniquis
Praetereo, atque aliis post commemoranda relinquo.

La empresa de Columela era por tanto la de llenar este vacío, pensamiento que no sólo apuntó en el referido proemio, sino que consignó tambien en los primeros versos de su poema, del siguiente modo:

Hortorum quoque te cultus, Silvine, docebo,
Atque ea, quae quondam spatiis exclusus iniquis,
Cum caneret laetas segetes, et munera Bacchi,
Et te, magna Pales, nec non caelestia mella,
5 Virgilius nobis post se memoranda reliquit².

Mas ¿era posible la poesía geórgica de Virgilio en la Roma de los Domicios y de los Galvas?—Sin duda el respeto con que Junio Moderato y sus eruditos amigos veian á los escritores de Augusto, les indujo á creer que podian hallar eco en aquella sociedad

¹ Casiodoro, *De divinis lectionibus*, cap. XXVIII.

² Columela termina su poema con este respetuoso recuerdo histórico de Virgilio:

Hactenus hortorum cultus, Silvine, docebam
Siderei vatis referens praecepta Maronis,
Qui primus veteres ausus recludere fontes
Asraeum cecinit Romaná per oppida carmen.

corrompida los dulces acentos de la musa de Teóerito; pero esto no era ya asequible en manera alguna. Si en los primitivos tiempos de la República, cuando los más ilustres capitanes trocaban con frecuencia la espada por el arado, tenia en Roma una verdadera significacion la vida campestre, labrando las tierras aquellas mismas manos que regian las riendas de los carros triunfales; si aun olvidadas aquellas candorosas costumbres y dueños ya del mundo, buscaban los romanos con cierta avidez los placeres del campo durante la estacion del estio, moviéndoles esta vida á la contemplacion de la naturaleza é inclinándolos á las artes de la agricultura, ¿qué mucho que fuese escuchada entonces en las alquerias de Puzol, Benevento, Nomento y Parténope la rústica musa de los campos? Aquellos placeres, desahogo y descanso honesto de la vida pública, debian ser interpretados por la poesía. Cuando floreció Virgilio, estaban ya en parte extinguidas estas costumbres; pero embellecidas por la imaginacion y alimentadas por el recuerdo, bastaron para dar á la bucólica una existencia real, aunque pasajera, apareciendo como la última llamarada de una hoguera que espontáneamente se extinguia. Virgilio era por tanto el primero y el último poeta geórgico de Roma, y el único á quien fué dado aspirar al aplauso comun de doctos y vulgares; y sin embargo estan sus obras revelando la carencia de un bien, no poseido del todo, siendo una verdadera concesion del arte, donde se descubre el refinamiento de aquella sociedad que, abrumada ya por las inquietudes de lo presente, vuelve los ojos á lo pasado, para espareir con sus apacibles recuerdos su fatigado ánimo.

Mas euando, cediendo Junio Moderato á los ruegos de Galion y de Silvino, acomete la empresa de suplir aquellas cosas (omissas partes) que habia Maron llamado de propósito, aunque sin abrigar la vana presuncion de atribuirse los versos que dejamos citados arriba, ni alcanzaba ya la poesía geórgica la misma importancia, apagado todo sentimiento pacífico y debilitado grandemente el verdadero amor á la vida del campo por el soplo de la corrupcion y de la tirania¹, ni podia tampoco ser considerada sino como un

¹ No desconocemos que en la época de que tratamos y en medio de las conturbaciones que padecia la sociedad romana, mostraban singular aficion á

remedo de aquella concesion artística otorgada alvaté de Mántua, en gracia de la oportunidad y del talento. El *Huertecillo* de Columela, aunque no desconfía este de su éxito ¹, era por tanto un destello vago, si no descolorido, de las *Geórgicas*, é insuficiente para restituir á la poesía latina el vigor, la sencillez y la majestad que á la sazón tenia ya perdidas.

Estas consideraciones filosóficas, deducidas inmediatamente de la historia de la civilización romana, toman más alto valor, cuando se entra en la apreciación literaria de Columela. Virgilio se ostenta á nuestra vista como el poeta de la sencillez y de la ternura: todas sus descripciones, donde resaltan á menudo magníficas y sublimes imágenes, donde rebosa, digámoslo así, el movimiento lírico, se hallan matizadas de afectos dulces y apacibles, que nos hacen amable la vida del aldea y trasportan nuestra imaginación á un mundo, verdaderamente poético, animado por el sentimiento. Deben á esta razón el ser tan bellos como simpáticos y pintorescos los cuadros trazados en las *Geórgicas*, la más acabada de sus inmortales producciones: y por la misma causa ha encontrado Virgilio y encontrará en todas las edades lectores apa-

las *villas* ó alquerías campestres los más ilustres cultivadores de las letras. Plinio, el mozo, celebra por ejemplo en varias cartas las delicias de Tuscio, de Formio, etc. (Epíst. VI y XIV de los lib. V y VI); y Silio Itálico tiene cierta especie de frenesí en la adquisición de las expresadas alquerías: «Plures iisdem in locis [Campaniae] villas possidebat, adamatisque novis, priores negligebat» (Lib. III, epíst. VII). El hastío que se apodera de Silio, llevándole de una en otra *villa*, revela claramente cuál era el estado de los espíritus, y las razones que alega el referido Plinio para explicar la carestía de los campos (caussa subitae caritatis agrorum), que cambiaban rápidamente de dueños (Epíst. XIX del lib. VI), la poca firmeza de la propiedad rural, fuente única del amor á la vida campestre. Cuando por otra parte consideramos que hombres tan doctos como Plinio, se gozan en el espectáculo de las fieras y los gladiadores, creyéndolo digno de las exequias funerales de las matronas romanas (Lib. VI, epíst. XXXIV), acabamos de comprender todo lo artificial que era ya á fines del siglo I la exagerada pasión de Silio y de los que le imitan.

¹ Hablando en el prefacio de las ya citadas palabras de Virgilio, observaba: «Neque enim aliter istud nobis fuerat audendum, quam ex voluntate vatis maxime venerandi: cuius quasi numine instigante pigre sine dubio propter difficultatem operis, veruntamen *non sine spe prosperi successus aggressi sumus* tenuem admodum et pene viduatam corpore materiam.»

sionados, no oscureciéndose el brillo de su nombre ni aun en las épocas de mayor decadencia literaria. Columela es también sencillo, tanto en los cuadros que traza y en los pensamientos que los animan, como en la expresión artística, pudiendo asegurarse, para gloria suya, que en esta parte le preservó el respeto de los clásicos del mal gusto de su tiempo. Pero si fué la imitación bastante á librarle de aquellos defectos, ni pudo infundirle el aliento ni ministrarle la ternura que le había escaseado la naturaleza. Poeta de estudio, procuró exornar sus descripciones de numerosos recuerdos mitológicos, mientras enriquecía sus versos con todas las galas de una dicción laboriosamente aprendida; y no pudo en consecuencia animar las primeras de vivo y brillante colorido, ni comunicar á los segundos la espontaneidad de la inspiración propia: imitador tanto en el asunto de su poema como en los accidentes de que intenta avalorarle ¹, no se atrevió á separar la vista de sus modelos, y despojando de energía y de grandeza las imágenes, apareció desalentado en el estilo, bien que logrando salvar la frase, que es en él pura, elegante y correcta hasta pecar alguna vez de afectada, lo cual constituye el principal carácter de sus versos. Poeta descriptivo, aspiró no obstante á dar á sus cuadros cierta riqueza y abundancia, ambicionando la verdad y la magia de Virgilio; pero si no faltan momentos en que merece el verdadero lauro de poeta, licito es convenir en que acertó pocas veces á comunicar á sus pinturas la variedad y la majestad que en el vate de Mántua brillan á menudo, y que aun reconocidos sus

¹ Entre otros recuerdos de Virgilio que pudieran citarse, es notable el de los amores de Coridon y Alexis, á quien dice aquel estas palabras (Egl. II):

..... Tibi candida Nais,
Pallentes violas et summa papavera carpens,
Narcissum et florem iungit bene olentes anethi.
Tum casia, atque aliis intexens suavis herbis,
50 Mollia luteola pingit vaccina caltha.

Columela decía:

Et tu, ne Corydonis opes desprenat Alexis,
300 Formoso Nais puero formosior ipsa,
Fer calathis violarum et nigro permixta ligustro
Balsama cum casia necteus crocosque corymbos, etc.

loables esfuerzos, no alcanzó por esta causa á restituir su antigua virilidad á la elocuente musa del Lacio.

No sea esto decir que pretendemos rebajar el precio de las muchas bellezas que atesora el *Huertecillo* de Columela, poniéndonos en desacuerdo con la mayor parte de los críticos y comentadores: cuando leemos este precioso libro, nos deleita sobremanera el ingenio del poeta, que recorriendo solícito todas las estaciones del año, señala cuerdamente la más propia para el cultivo de cada planta, describiendo con delicadas tintas la belleza de las flores y dando á conocer de un modo verdaderamente poético sus propiedades y virtudes. Este placér experimentamos cuantas veces nos es dado abrir el poema *De cultu hortorum*, viéndonos en verdad perplejos para conceder la preferencia á ninguno de sus pasajes, perplejidad que ahora nos domina, al procurar que sea dignamente conocido de los lectores. Ingeniosa es por extremo la descripción que hace del terreno apto por su naturaleza (*habilis natura soli*) para este linaje de cultivo, sin omitir circunstancia alguna de cuantas pueden contribuir á su mejor logro ¹: agradable y no escasa de novedad, solicitado el favor de las musas para que den á conocer en dulces versos (*tenui carmine*) la oportuna sazón de arrojar cada semilla, la manera en que debe prepararse el huerto, ya al caer el otoño, ya durante el invierno ²; y no carece por cierto de originalidad la pintura de la creación de la raza humana, condenada al trabajo por la infelicidad de su origen ³. La golondrina anuncia al cabo desde su nido la vuelta de la primavera, y dispuesta la tierra en diversos compartimientos, para que cada uno ofrezca el deseado fruto, es llegado el instante de realizar la siembra. El poeta exclama:

Pangite tunc varios terrestria sidera flores,
Candida leucoia, et flaventia lumina calthae,
Narcissique comas, et hianti, saeva leonis
Ora feri, calathisque virentia lilia canis,
400 Nec non vel niveos, vel caeruleos hyacinthos.

2 Vers. 6 al 34.

3 Vers. 35 al 49.

4 Vers. 59 al 68.

Tum quae pallet humi, quae frondens purpurat auro,
Ponatur viola, et nimium rosa plena pudoris.
Nunc medica panacem lacryma, succoque salubri
Glaucea, et profugos vinctura papavera somnos,
105 Spargite: quaeque viros acuunt, armantque puellis, etc.

Terminada esta larga enumeración de las flores, que no lo parece, merced á la gracia y discreción con que está hecha, pinta Columela la estación en que el amor renueva la naturaleza, procurando así dar mayor interés y elevación á su poema, á ejemplo de Virgilio, su constante modelo:

Maximus ipse deum, posito iam fulmine, falax
205 Acrisioneos veteres imitatur amores,
Inque sinus matris violento defluit imbre.
Nec genitrix nati nunc aspernatur amorem,
Sed patitur nexus flammata cupidine tellus.
Hinc maria, hinc montes, hinc totus denique mundus
210 Ver agit: hinc hominum, pecudum volucrumque cupido
Atque amor ignescit menti, saevitque medullis,
Dum satiata Venus foecundos compleat artus,
Et generat varias soboles, semperque frequentet
Prole nova mundum, vacuo ne torpeat aevo.

Al reanimarse en tal manera el mundo exterior, brilla la dulce estación de las flores olorosas:

255 Quin et odoratis messis iam floribus instat,
Iam ver purpureum, iam versicoloribus anni
Foetibus alma parens cingi sua tempora gaudet.
Iam Phrygiae loti gemmantia lumina promunt,
Et conniventes oculos violaria solvunt;
260 Oscitat et leo, et ingenuo confusa rubore
Virgineas adaperta genas rosa praebet honores
Caelitibus, templisque Sabaeum miscet odorem.

Junio Moderato evoca en este punto á las ninfas del Acheloo, compañeras de las musas, á los coros de las Driadas del monte Menalo, á las ninfas Napeas, que moran en las selvas del Anfri-so, en las llanuras de Tesalia, en las montañas del Cilene y en las sombrías campiñas de Liceo, etc., y convidándolas á gozar